



PASIÓN

ARGENTINA

UNA HISTORIA DE LA SELECCIÓN NACIONAL



LUCIANO WERNICKE

Luciano Wernicke

Pasión argentina

La emocionante historia de
la selección nacional de fútbol

Introducción

La Selección es un símbolo patrio. En el mundo, nada representa la argentinidad como la camiseta de nuestro equipo de fútbol. No importa dónde uno vaya: la albiceleste establecerá indefectiblemente el origen genético de su portante, y también provocará en los nativos la exhalación de expresiones como «Maradona» o «Messi». Quien ha paseado por el exterior vestido de celeste y blanco lo sabe. El escudo de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), coronado de estrellas y flanqueado por laureles, es hoy uno de los más preciados emblemas nacionales, si no el primero. Al podio llegó también la canción *Muchachos*. ¿La habrán compuesto Vicente López y Planes y Blas Parera?

Mientras trabajaba en la producción de este libro, me propuse poner especial atención en la vestimenta de la gente en las fechas que celebran el origen de la patria y la titánica misión de sus próceres, como el 20 de Junio, el 25 de Mayo o el 9 de Julio. Durante esos días, y los precedentes, no me crucé en calles, comercios o transportes públicos capitalinos con alguien que luciera la escarapela. Yo tampoco lo hice, debo admitirlo. Sin embargo, sí contabilicé a muchos, muchísimos, luciendo orgullosamente una camiseta, un pantalón o una campera con el distintivo de la Selección. Con dos o tres

estrellas, allí estaban, a montones, en todos los ámbitos. Es cierto que, en la actualidad, las prendas son más accesibles —sean de confección oficial o truchas— que en las épocas exitosas de Mario Kempes (Argentina 1978) o Diego Maradona (México 1986), en las que el *merchandising* era prácticamente nulo. Pero esa masificación, innegablemente, es consecuencia del vínculo que se ha generado entre la Selección y los hinchas. En los últimos tres años, el equipo comandado por los «Lioneles» Messi y Scaloni, campeón en la Copa América de Brasil 2021 y en el Mundial de Qatar 2022, se ha transformado en el único referente nacional capaz de regalar un cachito de felicidad genuina a un pueblo desorientado, apremiado por una desesperanzadora realidad económica y social, sacudida además por la horrorosa pandemia importada en 2020.

El camino hacia ese clímax deportivo que a fines de 2022 invitó a creer a 45 millones de corazones, no comenzó en noviembre o diciembre, tampoco en este siglo. Es el resultado de una evolución que se inició hace casi 125 años, cuando un grupo de osados y rudimentarios deportistas se animó representar a toda la nación por primera vez. A partir de ese momento, paso a paso, centímetro a centímetro, la escuadra argentina avanzó por un sendero sembrado de alegrías y tristezas, optimismo y decepciones, a través del cual cosechó tres estrellas doradas, decenas de títulos y cientos de momentos inolvidables. La misión de *Albiceleste, la historia de la selección argentina*, es invitar al lector a recorrer ese mismo sendero, desde el principio, para regocijarse con cada una de las conquistas que conforman el linaje del equipo, vividas o no por el peregrino. También, a descubrir o reencontrarse con aquellos incidentes que no fueron tan felices, aunque asimismo han dejado marcas en la camiseta.

La Selección disputó unos 1.500 partidos. No todos son considerados oficiales, por diferentes motivos que ya se comentarán

aquí más adelante, con mayor detalle, y algunos que sí integran esa lista están flojos de papeles. El parámetro para decidir cuál sí y cuál no es muchas veces caprichoso: no siempre se utiliza la misma regla para medir la «validez» de un encuentro o de un campeonato. Voy a tratar de exponerlo con un ejemplo simple: entre 1931 y 1934, varios clubes (entre ellos River, Boca, Independiente, Racing y San Lorenzo) se desafiliaron de la AFA para formar la primera liga profesional del país. Sin embargo, los títulos conseguidos por esos equipos durante ese lapso han sido validados como «oficiales» y se computan como tales, aunque obviamente no lo fueron, porque esos torneos no contaron con el aval de una entidad reconocida por la FIFA. Durante ese período, combinados armados con futbolistas de esos mismos clubes compitieron cuatro veces contra Uruguay. En los historiales acreditados por la AFA, esos choques figuran como «oficiales». ¿Por qué? Porque sí, no hay otra explicación. De todos modos, el espíritu de este trabajo no es el de debatir esta cuestión. Por caso, yo mismo he incluido ciertos episodios ocurridos en juegos que, sin dudas, no califican para integrar las listas estadísticas «serias» por varias razones. Como el que, según mi criterio, fue el partido inaugural de la Selección, si tomamos el estricto sentido de esa palabra de acuerdo con la principal acepción que ofrece la Real Academia Española: «Acción y efecto de elegir a una o varias personas o cosas entre otras, separándolas de ellas y prefiriéndolas». O el primer *match* que un combinado nacional jugó con una camiseta diseñada con bastones verticales celestes y blancos, que no se encuentra entre los considerados «oficiales» por capricho de vaya a saber quién o quiénes. Aquí figura, enmarcado con luces de neón, porque ese acontecimiento, evidentemente, marca un antes y un después en la historia albiceleste, nada menos.

Como autor de este complejo trabajo, y apremiado por un espacio que no es infinito, he decidido que este libro no

ofrezca un puntilloso compendio estadístico. Para eso, ya existen *Wikipedia* y otras páginas *web*. Arbitrariamente, he pasado por alto muchos de esos duelos —los que he considerado más insípidos para el gusto del hincha actual— y otros apenas han sido mencionados. El valor de la competencia ha tenido mucho que ver con el tamiz utilizado, y también las historias, protagonizadas por seres humanos de carne y hueso —a pesar de que algunos no lo parecen—, que se han esforzado, se han caído y levantado mil veces hasta alcanzar la meta... o no, pero siempre dejando hasta la última gota de sudor en la tela celeste y blanca. Del mismo modo, es probable que haya sido injusto con algunos futbolistas que han vestido la camiseta nacional y cuyos apellidos aquí no aparecen, y tal vez más injusto por citar jugadores con una importancia deportiva nula. La elección dependió de circunstancias que me parecieron muy llamativas o divertidas: situaciones desopilantes, cábalas increíbles, tejemanejes y otras excentricidades. Voy a *spoilear* una, apenas un cachito: un futbolista enfrentó a la escuadra argentina con la camiseta uruguaya, y tiempo después vistió la celeste y blanca para jugar contra el equipo celeste. ¡Encima, el tipo no era argentino ni uruguayo!

Así de clara es la propuesta. No los entretengo más con palabras rutilantes destinadas a crear un innecesario suspense: la historia de la selección argentina es, en sí misma, una montaña rusa inconmensurable. Los invito a ajustarse los cinturones para descubrir, revivir, sufrir y emocionarse con un fabuloso viaje que no se mide en kilómetros. El GPS anuncia 125 años de pasión.

LUCIANO WERNICKE

Ciudad de Buenos Aires, febrero de 2024

Capítulo 1

El adelantado

Cuando James Oswald Anderson pisó con su zapato izquierdo la planchada de acceso al «vapor de la carrera» que lo trasladaría de Buenos Aires a Montevideo a través del río color de león, la ventosa y fresca noche del 15 de mayo de 1901, no concibió que ese paso se convertiría en el primero de una intensa y extensa aventura que lleva ya más de un siglo cosechando alegrías y vueltas olímpicas por todo el planeta. Tampoco imaginó jamás que las camisetas blancas que transportaba en sus valijas, confeccionadas en Inglaterra por la textil St. Margaret, serían en unos años atravesadas por franjas celestes, ni que una docena de décadas más tarde exhibirían, orgullosas, tres estrellas doradas bordadas a la altura del corazón.

Anderson, capitán del club Lomas Athletic ganador de los certámenes argentinos de 1894, 1895, 1897 y 1898, y subcampeón en 1900, dio el puntapié inicial de una historia fantástica por haber accedido a la invitación de Juan Sardeson—futbolista y presidente del club Albion, el más antiguo de Uruguay y también segundo el año anterior, en la edición inaugural del torneo de Primera División— para disputar un amistoso en Paso Molino, la primera cancha de Montevideo, situada en el barrio Prado. El diario local *La Razón*, que no

solía tratar temas deportivos, publicó una columna titulada «El partido internacional», en la cual se anunció: «Este gran torneo atlético se verificará el jueves próximo en la hermosa cancha que posee el Albion en la Avenida 19 de abril». Mientras Sardeson decidió competir con nueve jugadores de su equipo —entre ellos, el inglés William Leslie Poole, quien presidía además *The Uruguay Association Football League*— acompañados por dos estrellas criollas del Club Nacional de Football, el mediocampista Mario Ortiz Garzón y el delantero Bolívar Céspedes, sin representantes del entonces vigente campeón local, Central Uruguay Railway Cricket Club —según parece, los muchachos de la institución madre del actual club Peñarol se habrían negado a competir porque el encuentro fue pactado para un día de semana en un horario en el que ellos debían trabajar—, Anderson tomó un camino muy diferente: resolvió actuar como seleccionador y armar un equipo conformado por valores de tres de los cuatro equipos que, en esa época, competían en Primera: Quilmes Athletic Club, Belgrano Athletic Club y Lomas Athletic Club. Anderson tampoco citó a figuras del campeón argentino de 1900, Alumni Athletic Club. Se sospecha que se decidió por jugadores con los que mantenía fuertes lazos de amistad —de hecho, citó a dos de sus hermanos, uno de ellos ya retirado— y se incluyó a sí mismo en el equipo. Además, resolvió requerir la participación de un exdefensor del famoso club londinense Corinthians y de la selección de Inglaterra, Frederick *Fred* Pelly, quien en esos días se encontraba en la capital argentina por negocios. Pelly había enfrentado a Irlanda en 1893 y a Gales y Escocia en 1894 vistiendo el jersey decorado con el escudo de los tres leones, y al momento de ser invitado llevaba tres años sin competir oficialmente.

Así, la representación argentina quedó conformada por ocho jugadores nativos descendientes de inmigrantes británicos

—el arquero Richard Anderson, el zaguero William Leslie, los mediocampistas Charles Dickinson y Edward Duggan, y los delanteros James Oswald Anderson, George Dickinson, Henry Anderson y George Leslie— y tres ingleses: el aludido Pelly, el *half-back* Harold Rattcliff y el *centre forward* Ernest Ayling, estos dos últimos afincados en Buenos Aires y futbolistas de Belgrano Athletic Club. Otro dato curioso consiste en que este resultó un equipo «familiar», porque reunió un trío (los Anderson) y dos parejas de hermanos (los Leslie y los Dickinson).

La delegación «argentina» arribó al puerto de Montevideo la mañana del 16 de mayo, participó de un almuerzo con sus rivales deportivos y luego salió a la cancha, decorada con banderas de Uruguay, Argentina y... ¡la Union Jack británica! La victoria correspondió al equipo porteño, aunque el marcador todavía está en discusión: el diario montevideano *El Día* y la revista semanal argentina *River Plate Sport and Pastime* (que se publicaba en inglés y era propiedad del propio James Oswald Anderson) anunciaron que los visitantes se impusieron 2-3, en tanto que el periódico británico *The Standard* de Buenos Aires informó que el marcador terminó 1-3. ¿Tiene importancia esta diferencia? Indudablemente no, porque no modifica un resultado que, además, solo es anecdótico. Cabe confiar en la cobertura de *River Plate Sport and Pastime* porque, según parece, la crónica del encuentro habría estado a cargo del polifuncional jugador-seleccionador-editor.

Sí vale la pena destacar algunas curiosidades: el *match* fue presentado por la prensa como «Albion FC Montevideo v. Mr. J. O. Anderson's XI». El conjunto de Uruguay vistió la camiseta de Albion, con el pecho dividido en dos paños, uno rojo y otro azul. Su rival actuó con preciosas prendas *made in England* color blanco. No existen registros puntuales sobre la cantidad de espectadores, pero gracias al auxilio de

algunas fotografías se estima que el juego habría sido presenciado por entre 300 y 500 personas. El primer gol, a favor de la escuadra argentina, lo anotó el inglés Ayling. Las otras dos conquistas visitantes fueron obra de George Dickinson y Henry Anderson. Pelly olvidó en Buenos Aires sus botines —en esos tiempos, unos pesados armatostes de cuero duro, caña media y suela de madera con los tapones tallados— y compitió con zapatos «de calle» que le provocaron más de un incómodo resbalón. *River Plate Sport and Pastime* precisó que Horace Botting, otro inglés que vivía en Buenos Aires, cumplió la función de árbitro: «Actuó amablemente, para satisfacción de todos», se resaltó.

¿Es acertado decir que este fue el primer partido de la selección argentina? Tanto la AFA como su par oriental y la Federación Internacional de Fútbol Asociación (FIFA, fundada tres años más tarde, en 1904) coinciden en menospreciar el encuentro y dejarlo fuera de las estadísticas oficiales. Las razones son vastas: el juego no contó con el aval de ambas entidades rioplatenses, y se programó exclusivamente entre Sardeson y Anderson. Pasado más de un siglo, la federación oriental emitió un comunicado en el que aclaró que el partido disputado el 16 de mayo de 1901 «fue un amistoso internacional disputado entre el Albion FC y el equipo argentino Mr. J. O. Anderson Bs. As. XI». Uno de los puntos cuestionados es la inclusión de Pelly, quien no jugaba en ese momento para un club argentino —nunca lo haría—, ni residía formalmente en Buenos Aires. El británico era una especie de «turista» al que le habrían preguntado, palabra más, palabra menos, «¿quierés ir a jugar a Montevideo?». Lógicamente, al lanzar el convite, Anderson conocía muy bien los laureados antecedentes del exinternacional inglés, quien en Paso Molino tuvo una gran actuación a pesar de los tropiezos provocados por sus zapatos de suela lisa.

El fútbol que hoy conocemos nació en Inglaterra a mediados del siglo XIX. Es verdad que existieron varios juegos de pelota-pie, sin el uso de manos ni brazos, en la antigua China, la Grecia Clásica o el Imperio Romano, pero fue en el Reino Unido donde el pasatiempo se convirtió en deporte. El reglamento oficial que se utiliza en la actualidad comenzó a escribirse el 26 de octubre de 1863 en la taberna Freemason's de Londres, donde también se fundó *The Football Association* (FA), autoridad que rigió los destinos del juego y creó la FA Cup, el torneo vigente más antiguo, inaugurado en 1871. El rudimentario texto normativo no trata cuestiones básicas como la cantidad de futbolistas por equipo, la duración de los partidos, el penal o las características del balón, si bien colocó los cimientos sobre los que la actividad comenzó a evolucionar hasta convertirse en uno de los entretenimientos más populares de la humanidad. Las reglas del juego progresaron rápidamente, en base a distintas situaciones que fueron apareciendo con el correr de los partidos, a fuerza del método denominado «ensayo y error».

Poco a poco, las pelotas de fútbol fueron distinguidos pasajeros de los buques comerciales británicos que recorrían el mundo a mediados del siglo XIX. Cada vez que un navío atracaba en un puerto, los marineros descendían con sus balones para disputar improvisados partidos que eran seguidos con curiosidad por los lugareños. Sin embargo, la pasión se contagió por medio de los inmigrantes que llegaban para incorporarse a una nueva sociedad como ciudadanos a cargo de actividades empresariales, comerciales o educativas. El juego se arraigó con enorme fuerza en urbes donde se habían radicado numerosas familias anglosajonas. Una de las ciudades que, en ese entonces, contaba con una de las más importantes colectividades británicas era Buenos Aires. La influencia de esta comunidad fue determinante para que en

la capital de Argentina dos hermanos nacidos en la ciudad inglesa de Leeds, Thomas y James Hogg, fundaron el 9 de mayo de 1867 el Buenos Ayres Football Club y organizaron un partido con las reglas de *The Football Association* que se considera el primero formalizado en el país. Este juego fue convocado para el 25 de mayo de 1867 a través del periódico *The Standard*, una publicación en idioma inglés destinada a la colectividad extranjera. Como la jornada amaneció lluviosa, la invitación pasó al 20 de junio. Ese día, dieciséis futbolistas saltaron a la cancha improvisada en medio del parque Tres de Febrero, en el barrio de Palermo, trazada con banderines y arcos delimitados por dos postes paralelos, sin travesaño. Un monolito levantado cerca del actual Planetario recuerda el célebre suceso. Los equipos reunieron apenas ocho integrantes cada uno, todos británicos. El juego, que duró dos horas, terminó con una contundente victoria 4-0 a favor del conjunto de los hermanos Hogg —el investigador Osvaldo Gorgazzi descubrió, también en *The Standard*, el reporte de un «picadito» realizado tres años antes, el 8 de septiembre de 1864, aunque, por las descripciones del texto, todo parece indicar que no se trató de un partido encorsetado por las reglas de la FA redactadas menos de un año antes, sino de un sencillo intercambio de pelotazos—. El entusiasmo despertado por ese encuentro motivó que se disputara otro el 29 de junio, esta vez con diez integrantes por bando. Según el libro *Historia del fútbol amateur en la Argentina*, de Jorge Iwanczuk, «los jugadores utilizaron gorras blancas y rojas que, provistas por la tienda Galbraith & Hunter, fueron el primer “método” de identificación entre equipos locales». Otra novedad consistió en que, en esta oportunidad, debutó el primer futbolista argentino: William Charles Roberts, nacido en Buenos Aires en 1845, fue el único participante no británico.

Tras un par de décadas de picados informales entre equipos fundados principalmente por deportistas ingleses y escoceses, el 15 de agosto de 1889 se concretó un partido entre dos grupos de británicos, uno radicado en Buenos Aires y otro en Montevideo. Como en la Argentina, en Uruguay también había proliferado una importante comunidad llegada desde las islas del norte de Europa con su pasión por el fútbol en un lugar preponderante del equipaje. Para celebrar el septuagésimo cumpleaños de la reina Victoria —quien ocupó el trono de Gran Bretaña hasta su fallecimiento en enero de 1901—, algunos de sus súbditos residentes en Montevideo propusieron a sus compatriotas afincados al otro lado del Río de la Plata disputar un partido de fútbol en el New English Ground del barrio La Blanqueada (llamado así por una pulpería vecina) de la capital uruguaya, que formara parte de los eventos destinados a celebrar el natalicio de la soberana. El periódico montevidiano *El País* indicó que los jugadores que representaron a la escuadra oriental eran miembros del Montevideo Cricket Club y el Montevideo Rowing, entidades dedicadas a otros deportes —el Albion FC sería fundado para la exclusiva práctica del fútbol recién dos años más tarde—. Según *El País*, los que llegaron desde Argentina eran socios del Buenos Aires Football Club, institución que había reunido a varios exmiembros de su homónima antecesora de 1867 y había sido refundada en 1873. Iwanczuk describe el evento como «la primera salida al exterior de un elenco nacional», a pesar de que sus integrantes no eran criollos. El historiador Carlos Yametti consignó en su libro *Historia del Fútbol de AFA, Orígenes 1891-1899* que ese día se forjó «el eslabón inicial de una larga historia de enfrentamientos entre ambos países, ya sea a nivel de clubes, combinados o selecciones». Los «argentinos» ganaron 3-1, y también se impusieron en los cinco duelos siguientes que se realizaron cada año hasta 1894, que

se jugaban de manera alternada, siempre con futbolistas británicos argentinos y uruguayos, en ambas capitales. En 1893, otro grupo de ingleses y escoceses que había cruzado la Cordillera de los Andes rumbo al puerto chileno de Valparaíso, con fines laborales, compitió contra un conjunto de compatriotas allí afincados en una especie de «olimpíada» que incluyó partidos de cricket, tenis, polo y, por supuesto, fútbol: el encuentro finalizó 1-1.

Mientras tanto, el 5 de marzo de 1891 se creó la *Argentine Association Football League*, promovida por, entre otros, el escocés Alexander Lamont. La entidad tuvo su sede en la calle Buen Orden 1595, una propiedad que desapareció cuando se amplió la avenida 9 de Julio: actualmente, ese espacio corresponde a la esquina de Bernardo de Irigoyen y Brasil, en el barrio de Constitución. La AAFL organizó el primer torneo de fútbol oficial fuera del Reino Unido: participaron cinco equipos que se enfrentaron «todos contra todos» en dos rondas y dos de ellos, Saint Andrew's y Old Caledonians FC, compartieron el primer puesto con trece puntos, producto de seis triunfos, un empate y una derrota cada uno. Las dos escuadras disputaron un juego extra para determinar un ganador, pero no del campeonato. Tal como indicaba el reglamento de la competencia, la Asociación declaró vencedores a los dos clubes. El *match* agregado se realizó para determinar cuál de los dos equipos se quedaba... ¡con las medallas! Sucedió que, a la hora de preparar la entrega de premios, la novel entidad argentina notó que solo se habían confeccionado once condecoraciones, de modo que no había distinciones para los veintidós campeones. El 13 de septiembre, en la cancha del equipo Flores Polo Club, Saint Andrew's se impuso por 3-1 en un duelo notable: los veintidós jugadores y el árbitro habían nacido en el archipiélago situado en el Atlántico Norte, de modo que el primer título argentino fue cien por cien británico.

Después de un año sin fútbol oficial y la evaporación de la *Argentine Association Football League*, Lamont convocó a su connacional Alexander Watson Hutton, quien había llegado a la ribera occidental del Río de la Plata como educador y había fundado una escuela bilingüe, Buenos Aires English High School, para reavivar el desarrollo institucional. Watson Hutton es considerado uno de los padres del fútbol argentino por su apasionado entusiasmo para promover y difundir el juego más allá de la colectividad británica, convencido de que el deporte constituía una porción esencial del desarrollo formativo humano. BAEHS se inscribió en el torneo de Primera y años después debió cambiar su nombre a Alumni, cuando la AAFL decidió que los clubes no podían tener nombres «comerciales».

Varias fuentes aseveran que Watson Hutton fue el primero en importar un cargamento de pelotas de fútbol, que viajó de Inglaterra a la Argentina con uno de sus colaboradores, William Water. Este las habría comprado a un fabricante de artículos deportivos llamado John Lillywhite, inventor de lo que hoy se conoce como la «pelota número 5». En el puerto de Buenos Aires, un empleado de la aduana, sorprendido por esos extraños artículos, decidió no cobrar ningún gravamen porque los balones no figuraban en el listado de mercaderías de importación. «Cosa de estos ingleses locos», comentó a un compañero mientras Water se alejaba feliz de haberse ahorrado el dinero. Watson Hutton aceptó presidir la nueva y homónima Argentine Association Football League que, según los registros oficiales, colocó la piedra fundamental de la actual AFA. Ese mismo año, se reeditó la liga: el club Lomas Athletic, capitaneado por el impetuoso James Oswald Anderson, se coronó campeón de un certamen que contó con cinco equipos: Flores AC, Quilmes AC, Buenos Aires English High School y Buenos Aires Railway, además de la escuadra vencedora.

En 1900, la presidencia de la AFA recayó en el ingeniero inglés Francis Chevallier Boutell, un pragmático dirigente que, consciente del arraigamiento que el fútbol había conseguido entre la población nativa, impulsó en 1902 lo que, para la AFA, la FIFA y la biblioteca, hoy se considera el primer partido oficial de la selección argentina, disputado en 1902 en Montevideo. Sin embargo, aunque el estricto considerar de los puristas no acepte que el juego de 1901 haya sido el inicial, algo que no parece preocupar demasiado a los protagonistas del *match*, ese duelo sí debe distinguirse, al menos desde la orilla argentina, como un episodio fundacional. James Oswald Anderson resultó un pionero: más allá del nepotismo, de su favoritismo amistoso y de su propia convocatoria (circunstancias que, como se advertirá en este libro, se repetirán más adelante), el capitán de Lomas Athletic fue el primero en seleccionar un equipo que representara al fútbol argentino, con mayoría de jugadores nacidos en la margen occidental del Río de la Plata. Si sus raíces hubieran sido hispanas y no británicas, tal vez James Oswald Anderson habría recibido el noble título de «adelantado».